

¿Por qué ser sociólogo hoy en día?

François Dubet

Traducción: Julia Larrañaga

Estimados colegas. No es un privilegio ser mayor, todo lo contrario. Solo tiene una ventaja: la de comprender la magnitud de las transformaciones sociales e intelectuales. Para eso, basta con recordar la propia vida.

La sociología que aprendí en la universidad en los años sesenta nació a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando el viejo mundo de las comunidades, de los poderes de derecho divino y la omnipresencia religiosa parecía desaparecer frente al ascenso inexorable de la industria, la ciudad, la ciencia, la razón, la igualdad y la modernidad. Los padres fundadores de la sociología, cada uno a su manera, estaban divididos entre la nostalgia por el mundo perdido y la necesidad de comprender el mundo que se desarrollaba ante sus ojos. Cada uno intentó definir las sociedades modernas articulando el capitalismo industrial, la formación de los Estados-nación y el predominio de la modernidad, que conjugaba la autonomía de los individuos y el triunfo caótico de la igualdad. Tocqueville, Marx, Durkheim, Weber, Simmel, Parsons, Elias y muchos otros propusieron su propia teoría y sus propios métodos, pero todos buscaron responder a las mismas preguntas: ¿Cómo funcionan las sociedades modernas? ¿Cómo se sostiene el mundo social cuando ya ni la tradición ni las autoridades sagradas garantizan la continuidad y la reproducción de la vida social, cuando es evidente que los conflictos y la pluralidad de valores forman parte de la vida social “normal”?

Desde la época de los “padres fundadores”, la sociología se ha convertido en una disciplina académica, los paradigmas y los métodos se han multiplicado y el conocimiento sociológico forma parte de la reflexividad de las sociedades sobre sí mismas. Pero, al mismo tiempo, vemos claramente que el pensamiento sociológico ha dejado de ser central. La economía se considera más científica y más necesaria que la sociología, que a menudo se fragmenta en un sinnúmero de objetos que engendran sus propias teorías y sus propias críticas, como si la dimensión global fuese, desde entonces, inasequible. El relato de la modernidad en el que se inscribía el pensamiento social se ve socavado por la multiplicación

de las crisis, por el retorno de las religiones y, sobre todo, por el predominio del mercado, que hoy por hoy parece ser el único capitán a bordo. Mientras que la sociología estaba estrechamente ligada a los movimientos sociales y las articulaciones socialdemócratas de las sociedades industriales, ¿cómo no ver que, por todos lados, se impone la extraña alianza libertaria que apela al predominio del mercado y al retorno del orden y la moral tradicional, al mismo tiempo que la libertad de consumo substituye la libertad y la solidaridad de los ciudadanos? El trumpismo, entre otros, es la imagen obscena de esta alianza. La sociología puede conformarse con una vocación crítica, recordando el peso de las desigualdades y las discriminaciones. Pero corre el riesgo de ser solo una voz crítica menor –aunque necesaria– si ya no tiene la capacidad de definir el mundo en el que estamos entrando, si ya no puede expresar lo que viene después de las sociedades industriales, modernas y nacionales cuya teoría ella misma construyó. La sociología puede decir que la sociedad industrial, democrática y moderna no existe más, pero cada vez le cuesta más decir en qué se ha convertido la sociedad cuando los grandes relatos de la modernidad se agotan.

En este contexto, es necesario que los sociólogos resistan y continúen su labor positiva y crítica. Pero el riesgo es que la disciplina estalle en un sinnúmero de objetos, de campos y métodos en detrimento de la dimensión global, que pasaría a ser monopolio de la economía y del pensamiento liberal y reaccionario. El riesgo de dispersión aumenta sobre todo debido a que crece el número de sociólogos y cada investigador tiene interés en ser identificado rápidamente con un objeto, un campo o un punto de vista, por más limitado que sea.

Por consiguiente, con mucho gusto abogaré por un retorno a la sociología general y al riesgo de producir colectivamente teorías generales de la sociedad, aunque la sociedad ya no sea lo que creíamos. Hoy en día, la articulación de las culturas, de los mercados y de las instituciones, la articulación de las desigualdades y la vida común, en pocas palabras, las condiciones de la democracia deberían buscarse en la propia experiencia de los actores sociales. Es allí donde podríamos definir lo que puede ser y lo que debería ser una “buena sociedad”, estudiando la manera en que los individuos y los actores sociales proceden para construir la vida social. Lo que llamamos sociedad es tanto un efecto emergente de las conductas sociales como un orden que domina la experiencia social. No alcanza con describir el fin de un mundo y la brutalidad autoritaria del mundo que se está formando ante nuestros ojos. Sabiendo que el mundo existe y que es lo que es, deberíamos intentar definir lo que podría llegar a ser para resultar simplemente habitable. Solo de este modo la sociología podría

ser escuchada. Después de todo, los “padres fundadores” no hicieron otra cosa, y es por esa razón que los oyeron. Sus inquietudes, su valentía y su audacia deberían inspirar a los sociólogos que aún tienen futuro y tiempo por delante. La sociología era una ciencia y una filosofía política y social. Debería volver a serlo.

François Dubet